

Cada película te lleva a la siguiente y se convierte en una especie de consecuencia de la anterior. Después de la densidad de quince historias, con sus variaciones narrativas, repartos varios, etc., sentí la necesidad de intentar hacer una película intimista con pocos actores y pocos decorados, que fuera muy diferente de la anterior. Un trabajo cerrado, concentrado. Otro tipo de propuesta que me apasiona. Recurrí por primera vez a un texto teatral, E. R. de Josep Maria Benet i Jornet, que se había estrenado en el Teatre Lliure, y lo transformé en Actrius. Me sirvió para introducirme en un mundo que estimo y adoro: el teatro y la profesión del actor, en este caso el de las actrices. La película iba a hablar del teatro y del teatro como metáfora de la vida.

Me apeteció conservar la estructura de los actos teatrales, evidentemente condensando el texto original, para potenciar la esencia de la obra. Benet presenta una batalla entre dos mundos enfrentados, el de quien sirve a la colectividad con su trabajo y el de quien lo utiliza exclusivamente para sus propios fines e intereses. Y en medio, un testigo casi mudo, como una escenificación de los que, por una u otra razón, no tienen derecho ni a voz ni a voto. También es una encuesta, una forma continua de arañar en la memoria, en el pasado, en los grandes mitos de la juventud. Tan importante es lo que cuentan como lo que intuimos que flota en la mente de las tres antiguas estudiantes: la continua presencia de Ribera, la diva; de Ana, la compañera desaparecida, y de Ifigenia. Apasionante. Temáticamente, me interesaba mucho y me permitía montar un ejercicio estilístico “piano, piano” cuidadoso, meticuloso. Esta película no tiene nada que ver con El perquè..., pero sin ella no se entiende, y yo soy el mismo en las dos. Yo me noto en ambas y me parece que el público encuentra mi mirada tanto en una como en otra.

Lo más difícil era crear aquellas mujeres tan potentes. Trabajo atractivo, porque la base literaria era excepcional, ya que Benet es un maestro en la construcción de personajes densos y maravillosos, pero hay que crearlos con toda su excelsa complejidad dramática. Y luego viene la dificultad de cohesionar unos personajes que no se ven, pero que acaban siendo la clave de referencia entre todas ellas. Esos fantasmas alrededor de nuestras vidas; gente que nos acompañará siempre a pesar de su ausencia.

Actrius se rodó con cuatro actrices impresionantes, que nos brindaron un trabajo de una intensidad tal que dentro de unos años, cuando se quiera saber quiénes eran ellas, habrá que recurrir obligatoriamente a esta película, porque son cuatro lecciones de interpretación de primerísima categoría. Pusieron su talento en mis manos, al servicio de la película, confiaron en mí y me parece que no se han arrepentido. Son todas ellas, a excepción de Mercè Pons, que encarna a la estudiante, actrices y directoras de teatro que saben de la disciplina de la composición interior. Quizás Núria Espert fue la más difícil, porque llevaba veintidós años apartada del cine, por malas experiencias pasadas, y creo que, al principio, le costó confiar interiormente en el proyecto, pero, después, envuelta en la ceremonia del rodaje (Sardà ayudó mucho, siempre se lo agradeceremos), fue entrando en el clima requerido y el resultado fue espléndido. Hay momentos de Núria que te transportan, parece que esté en trance. Con el personaje de la Sardà tampoco lo teníamos fácil. En cierta manera, Benet había introducido algún rasgo que tenía algo que ver con ella y eso hacía la interpretación mucho más difícil. Pero es una actriz como ninguna otra, capaz de pasar de la emoción que le produce la lectura de las palabras de Ifigenia a la lucidez de la crítica interpretativa: final de la secuencia de su casa. Y para rematar el trío, los silencios de Anna Lizarán al acecho de asaltar a sus humillantes y prepotentes amigas. ¡Cómo expresa el desencanto y el resentimiento que lleva acumulado en su interior al final de la cena del jardín! Y la Pons, acumulando encuesta y testimonio del mundo que ambiciona alcanzar. ¡Vaya disfrute nos pegamos todo el equipo en el rodaje y vaya regalo para el espectador!

Desgraciadamente, la película no tuvo mucho público. Y se entiende, porque los que van al cine son mayoritariamente jóvenes. Pero ¿quién se ha encargado de hacerles comprender o gozar con una historia de unas actrices mayores, de teatro, alrededor de la memoria, del sentido de la vida y del trabajo? Yo entiendo que no entren en este juego, nadie se ha preocupado de alimentarles culturalmente para ello, pero a mí, que quizás vengo de otro mundo, me interesaba enormemente.

En mis películas me gusta apostar por un tipo de historias de base más bien humanista aunque sé, de antemano, que pierdo la posibilidad de obtener un público masivo. Como narrador me atrae más el lado humanista de los personajes que el dictado de los cánones materialistas que mandan en el mundo contemporáneo. Porque si todos nos dejamos arrastrar por una carrera en la que mande la competitividad, la inmediatez del éxito por el éxito, dejaremos al margen los valores del hombre, las cuatro cosas por las cuales vale la pena vivir. Es una actitud que quizás no está de moda pero me parece que vale la pena intentar rescatar historias relacionadas con el valor humano de los personajes inmersos en sus contradicciones y en sus luchas. Pienso que en la vida, como mínimo, tenemos el derecho de expresarnos y de luchar por nuestros ideales, y esto comporta una actitud ante el cine que se refleja en unas temáticas, como la que se aborda en esta película, que pueden ser menos rentables pero que nos afectan, que gozamos explicándolas y, básicamente, tienen sentido. Allí quedarán.

Con esta película empiezo a hacer un cine con el que obtengo muy buenas críticas, pero a costa de ir perdiendo público. Mi relación con este tipo de trabajos cada vez me interesa más, me importa que lo que hago tenga un sentido, que sea el fruto lógico, razonable y honesto de mi pasión por el cine.

Actrius ganó unos cuantos premios y se vio en muchos festivales de cine. Con la Sardà hemos visto la reacción del público caribeño (Cartagena de Indias y La Habana) y del chino (sí, viajamos a Shangai). Se ha estrenado en algunos países, siempre de una forma modesta, en cines de lo que antes llamábamos arte y ensayo, que me ayudan a irme posicionando en el mundo, de forma que, si algún día tengo algún gran éxito, me conozcan más o menos. Una labor larga y paciente.